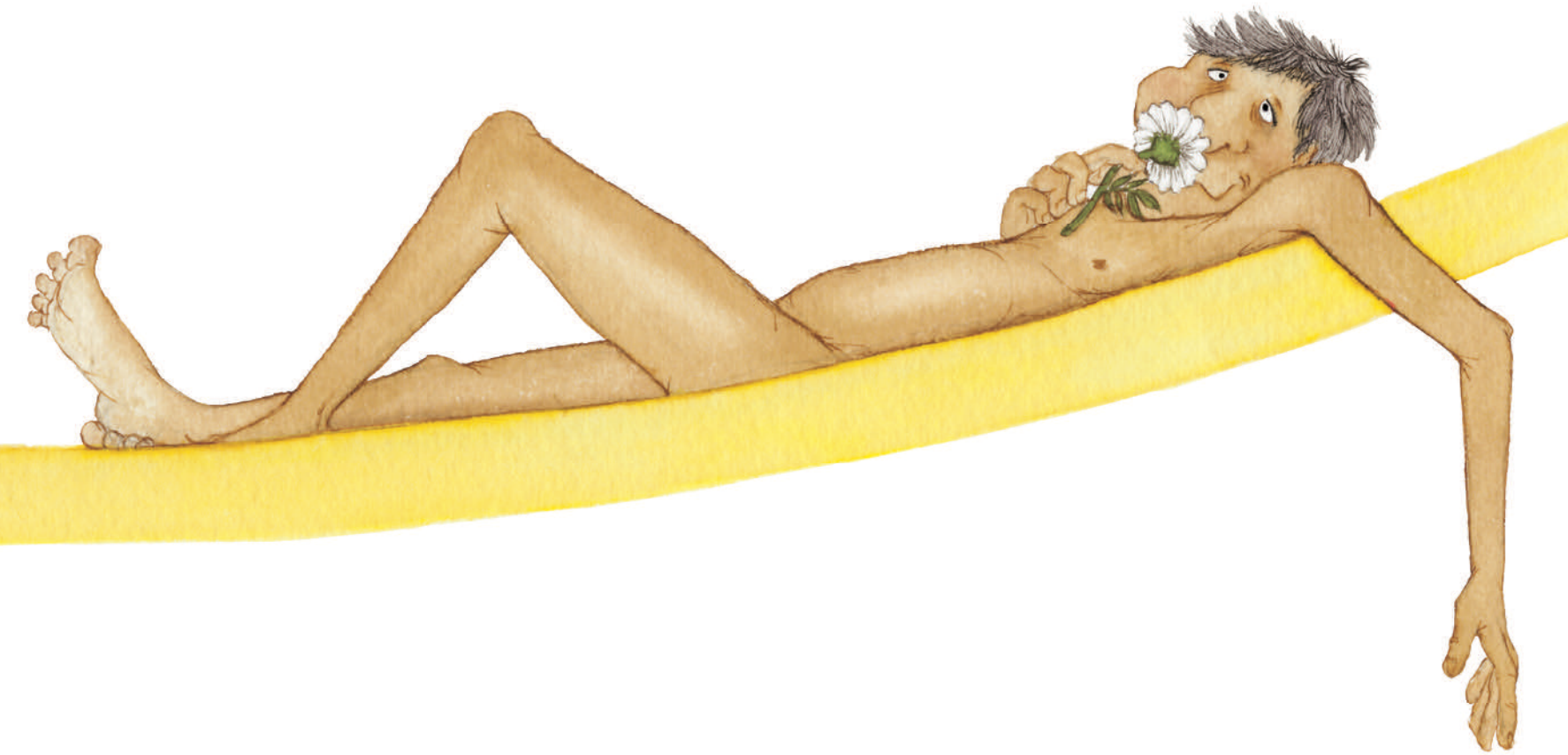


En el principio, al comienzo de todo,
dicen que ya estaban los dioses.
Los dioses vivían allá,
por donde sale el sol.
Nadie se asomó nunca por el rumbo de los dioses.
El dios Tamagostat era varón
y guardaba la luz del día.
De sus manos venían todas las cosas buenas
y también todas las cosas buenísimas.
La diosa Cipaltonal era mujercita
y guardaba la noche.
O más que todo: guardaba el momento de la noche
en que ya llega la luz y empieza a ser de día.
Era la guardiana de la aurora.
Cipaltonal era linda,
tenía la cara pintada
con los colores del amanecer.

Tamagostat se enamoró de ella,
se volvió dundito por ella.
Para encontrarla recorrió el cielo a toda hora.
Pero no la halló.
Tanto y tanto caminó Tamagostat
que todas las nubes se dieron cuenta
de que era un dios enamorado.
Un día, una de ellas se apiadó de él
y le reveló el secreto:

– Mirá, hombre,
a la linda Cipaltonal sólo podrás hallarla
si te alistás para cuando el sol abra su ojo
y deje escapar su primer rayo de luz.
Sólo entonces.



Tamagostat hizo posta en las mismas nalgas del sol,
se desveló,
estuvo de vigilancia,
hasta que un día, por fin,
cuando el sol abría su ojo izquierdo,
logró mirar a su amor.
Y su amor lo miró a él.

– ¡¿Ideay?!
– Cipaltonal, te quiero tanto, tanto, tanto...

Entonces, la cara pintada de amanecer de Cipaltonal
se puso roja, roja, roja.
Estaba más linda que nunca.
Tan linda que Tamagostat dio un brinco
por encima del primer rayo de luz
y la besó en la boca.

– ¡Jodidoooo! –se oyó gritar al sol.

Así fue.
Aquel día el amanecer no fue igual al de otras mañanas.
Tuvo tres mil colores nuevos.
Colores tan bonitos como nunca se habían visto antes
y como nunca más se volverán a ver.
De aquel beso de nuestros padres
nacimos todos nosotros,
los nicaragüenses.



La rueda del calendario dio siete vueltas.
Mingoxico tenía ya quince años
y seguía buscando a la chavala del chocoyito zapoyol.
Mientras tejía hamacas,
como habían hecho su padre y su abuelo,
pensaba en ella.
Mientras aprendía el uso de la macana y la lanza
también pensaba en ella.
Durante años esperó que llegara el día de su buena suerte,
el 5-Caña,
y a la hora del ala del cuervo, cuando lucía el nistayolero,
se fue al tiangue a buscarla.
– Dice mi abuela que el que quiera camarón
que se moje las nalgas.

Todas las mercaderas lo miraron pasar.
Las que vendían el ayote y el zapote,
las que vendían el frijol, el achiote y las chiltomas.
– ¿Vas a querer, amor?

Las que vendían la yuca, la miel de jicote y los chilotes.
– ¡El vigorón, el vigorón!

Todas entendieron que aquel muchacho sufría de mal de amores.
La buscó, la buscó, la buscó.
Y cuando ya el sol empezaba a correrse,
miró de largo un chocoyito zapoyol
y el corazón se le hizo nudo.
Saltó entre los canastos de jocotes
y botó dos caramancheles.
– ¡¿Dónde tenés los ojos, jayán?!

La alcanzó cuando ya se iba y le jaló el algodón:
– Sos vos, ¿no es cierto?

Chilochitl se volteó a mirarlo
con sus ojos del color del cacao.
– ¿Querés el chocoyito? No lo vendo.
– No, niña, te quiero a vos.



